

Esteros del Iberá, Argentina

Cuando el modelo de experiencia del patrimonio natural y cultural supera a la aplicación de una disciplina como la interpretación

Marcelo Martín Gugliemino / Carlos Fernández Balboa

Se denomina **Esteros del Iberá** a un extenso humedal, de unos 12.000 km² en la provincia de Corrientes, en el nordeste de Argentina. Es el segundo humedal más grande del mundo y es parte de un sistema hidrográfico mucho más extenso: el macrosistema del Iberá, de cerca de 45.000 km², en el que se desarrolla un ecosistema subtropical y tropical de enorme diversidad.

Los rasgos geomorfológicos más destacables son las lagunas de diversa conformación que componen el eje principal de la cuenca, conectadas entre sí por riachos y rodeadas de bañados permanentes.

Por razones de espacio no podemos aquí reproducir más que una síntesis de la historia reciente del manejo del uso público que se aplica en particular al Estero del Iberá, y tomaremos como epicentro de esta gestión a la población de Colonia Carlos Pellegrini. Tenemos que adelantar que el relato de esta experiencia se sustenta en un hecho poco frecuente en el país y en general en espacios naturales con o sin protección: los cazadores furtivos se pasan al lado luminoso de la conservación.

Puede resultar “romántico”, pero es estrictamente cierto que decenas de personas que se malganaban la vida con la caza furtiva de yacarés y carpinchos (respectivamente, caimán de zonas tropicales y subtropicales de Sudamérica; y capibara, el roedor más grande del mundo), fueron pacientemente dirigidos por un grupo de ambientalistas locales a convertirse en aliados y protectores/conservadores de la fauna y flora de la laguna, con un éxito tal que hoy abarca a casi dos generaciones de aquellos primeros habitantes.

Un segundo factor que potencia y demarca el territorio fue la donación en 2015, de 150.000 hectáreas de tierras (en gran parte inundadas para arrozales) que el magnate estadounidense ambientalista Douglas Tompkins había comprado a precio muy bajo, mediante expresa delegación de su viuda Kristine McDivitt, y que tres años después se anunció la creación del Parque Nacional Iberá.

Factores humanos de renuncia, donación y dedicación, sumado a la gestión del personal del Parque e investigadores y museólogos ambientalistas que se radicaron medio año en la Colonia, permiten hoy hablar de la creación de un

modelo de ocio turístico rentable para los habitantes locales, prioritario para la fauna y la flora, y de gozo para los visitantes que en número creciente frecuentan esta experiencia, única en Argentina.

Una mezcla interesante de habitantes locales, profesionales del turismo e inversores concienciados vino a florecer en una serie de establecimientos hosteleros (cerca de veinte) que ofrecen al visitante una experiencia completa: *transfer* de ciudades vecinas, alojamiento, pensión completa con cuatro comidas, excursiones por la naturaleza, diurnas y nocturnas, a pie, a caballo o en kayak, servicio en todos los casos de guías intérpretes, y asistencia general del alojado.

Todos ofrecen habitaciones amplias, infraestructura de calidad que llega a incluir biblioteca, internet, mobiliario exterior, piscina, mirador y senderos adyacentes. En muchos casos la comida es de factura casera y origen popular de la zona con productos de estricta proximidad.

¿Por qué hablamos de un modelo? Los países sudamericanos sufren del típico mal de tener turismo masivo de naturaleza, sol y playa y aventura sustentado en la explotación insostenible de los recursos naturales para lograr rentabilidades en función de la explotación de un amplio sector de habitantes locales que abandonan las actividades agrícolas, de pesca o ganaderas tradicionales para integrarse en la maquinaria turística generalista. Este sistema se basa en una gran competencia, y cada establecimiento cuenta con toda la infraestructura para el servicio, o bien, ofrece al turista como mercancía para otras empresas de transporte, guías y aventura.

En Colonia Pellegrini, lamentablemente, no se ha podido superar el concepto de competencia, y cada establecimiento es un servidor completo de todas las actividades que se desarrollan, con la adquisición y mantenimiento de todos los elementos que son necesarios (lancha, camionetas, kayaks, etc.). Pero a su vez hay una gran colaboración y consenso en ofrecer los mismos productos interpretativos, coordinando horarios, alternando visitas de unos y otros, compartiendo espacios visitados y evitando todo tipo de superposiciones que hacen de la experiencia de los visitantes algo único, sin interferencias de otros turistas.

La clave del éxito de la experiencia se encuentra quizás en que los guías son locales, con formación en el sitio y con un fuerte sentido de pertenencia. La falencia del uso de idiomas se supera con la empatía y con el profundo conocimiento del lugar. El hecho de que durante más de 30 años los animales no hayan sido perseguidos, permite una aproximación que, sumado al conocimiento de los guías embarcados en lanchas botadoras, facilitan el acercamiento –a veces a un metro– a más de 400 especies de aves y a ejemplares tan fabulosos como el ciervo de los pantanos (el cérvido de mayor

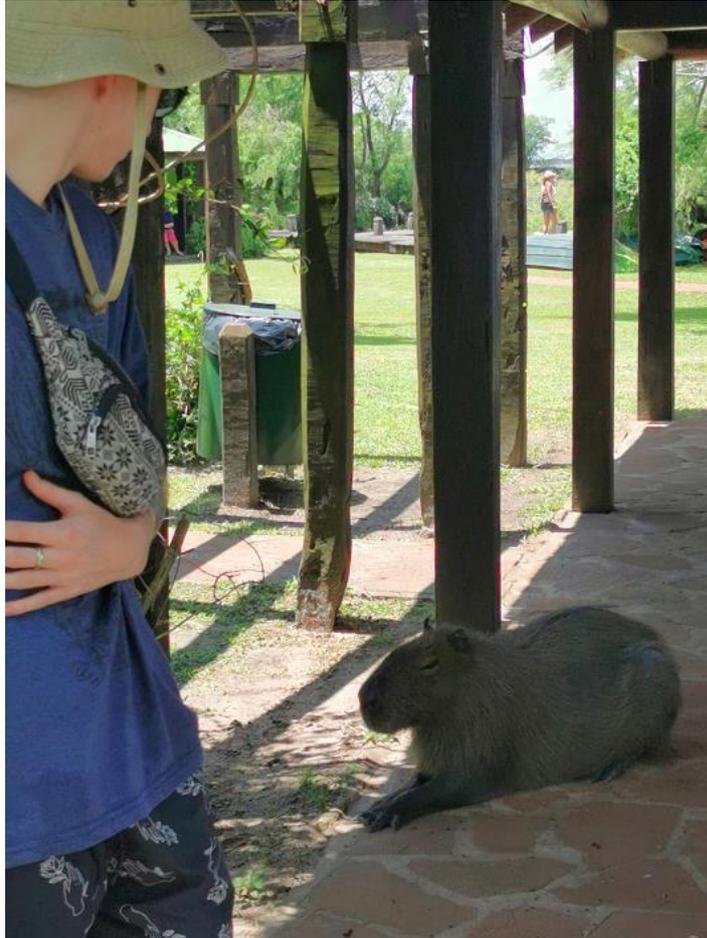
tamaño de Sudamérica). Unos treinta guías locales han recibido más de siete cursos cortos de interpretación del patrimonio a lo largo de unos ocho años. Estos cursos refuerzan conceptos, y si bien no son formales, han permitido notar una mejora sustancial en un residente que suele ser tímido e introspectivo por naturaleza.

El habitante del estero no tiene por costumbre ser muy comunicativo, y romper este esquema fue un logro de los talleres. Generar orgullo por lo propio (desde la vestimenta, hasta los espacios de valor natural) fue el objetivo de estas capacitaciones, además de la transmisión de técnicas que fueron asimiladas por los participantes en mayor o menor medida. La intención es que los pobladores del Ibera, con sus modismos, sus costumbres, comidas y sentimientos, sean un atractivo más que el visitante pueda aprovechar en la experiencia. Y eso se ha logrado. Las clásicas navegaciones por los canales y esteros se complementan con caminatas por senderos (de los monos carayá y del cerrito), donde se puede tener contacto con especímenes de la fauna no asociada directamente al agua, así como experiencias de caminatas nocturnas y recorridos a caballo que permiten un acercamiento a ambientes asociados como los palmares y campos cercanos. Todo es suplementado con música regional, indumentaria gauchesca y una cuidada infraestructura edilicia en la mayor parte de los hospedajes que complementa el patrimonio cultural con el natural brindando una experiencia integral al visitante.

Como suele suceder en muchas ocasiones, la Administración llega tarde al emprendimiento privado, y más cuando este está a la altura de las necesidades de hacer sostenible un ecosistema frágil y diverso como el que nos ocupa.

La dirección del Parque ha tenido la posibilidad, hace años, de apoyar la construcción de un centro de interpretación que fuera realizado con éxito y escasos medios por la fusión de los hosteleros y ambientalistas que trabajaban sobre el terreno. Estuvo ausente y ahora, una vez que la gestión turística y medioambiental es un éxito, deciden la construcción de un Centro de Visitantes, con un consumo de energía e impacto visual muy alto, pero sobre todo con un relato generalista cuyo epicentro se sustenta en la reintroducción de especies desaparecidas, dejando de lado el verdadero valor del área que es el trabajo de reconversión de los cazadores furtivos.

No creemos que esta inversión sea positiva o negativa para el modelo de explotación del ocio de naturaleza en los Esteros. El impacto visual se mitigará con jardines verticales en sus muros (más de siete metros de altura), la energía se solventará con generador propio y los visitantes no tendrán información más que complementaria para su experiencia activa en contacto directo con las plantas y animales silvestres. Es más, hasta puede resultar un paseo alternativo para un día de descanso o de lluvia, en caso de querer salir a caminar por el pueblo.



El acercamiento a la fauna es prácticamente único en Latinoamérica, Esto se ha logrado a partir de 34 años de políticas de conservación.

Lo que si creemos negativo es la falta de interacción con los servidores del producto natural al visitante. El centro de visitantes se realizó sin la mínima participación de comunidad. La equivocación: publicitar la introducción de especies desaparecidas, cuando no puede garantizarse científicamente su éxito, ni siquiera su viabilidad. Solo el oso hormiguero, que nadie de los mayores recuerda haber visto por allí, se ha reproducido con cierto valor, no así el tapir, con ocho víctimas, o los guacamayos rojos muertos en el intento y, aunque aún no se ha producido, todo cálculo anticipa que el yagareté será un fracaso dado el exiguo territorio para una sola pareja.

El éxito de esta gestión del turismo y el ocio de naturaleza se confirma incluso cuando analizamos el perfil del visitante medio que utiliza todos estos servicios. Se trata de grupos familiares y de amigos, con nivel económico medio alto, educación media y superior, conocimiento somero del medio natural, sensible a la protección, que recicla sus desechos en casa, no trae medio propio de

transporte y valora la comida natural/vegetariana, la salud física y el relax/meditación.

Este proyecto lleva ya unos 28 años de rodaje. Muchos de los dueños de establecimientos saben modificar actividades y servicios en relación a la demanda de sus visitantes, seguramente tendrán relaciones buenas o malas con sus colegas competidores, pero el resultado final borra las diferencias. Los precios los marca cada uno en función del sector del mercado al que apunta, lo cual beneficia al conjunto y su diversidad, igual con la promoción y los mensajes que cada establecimiento quiere dar al exterior.

Pocos lugares en Sudamérica presentan la oportunidad de tener un contacto tan directo con especies silvestres. Quizás algunos sitios de Amazonas (con cierta dificultad de acceso), Península Valdés en Patagonia y los Esteros del Ibera son las estrellas del sur del continente. El buen manejo de los sitios por parte de los funcionarios y la persistencia de los habitantes en mantener su estilo de vida garantizarán, con mucha suerte, que las generaciones futuras puedan disfrutar de esta experiencia inolvidable.